

Enrique E. Sánchez Ruíz

La investigación latinoamericana de la comunicación y su entorno social: notas para una agenda

Profesor-investigador de la Universidad de
Guadalajara, México.
E-mail: rock@foreigner.class.udg.mx

diálogos
de la comunicación

● Enrique E. Sánchez Ruíz

¿Desde dónde deben re-pensarse las posibles articulaciones entre la investigación latinoamericana de la comunicación, y la realidad social en el Siglo XXI?

La comunicación no es una ciencia. Es un «objeto de estudio». Tampoco es una disciplina, por lo menos en el sentido fuerte que denota sinonimia de «disciplina» con «ciencia», aunque incluye los dominios humanísticos. La comunicación es (o debería ser) un objeto privilegiado de prácticamente todas las ciencias y/o disciplinas sociales o humanas, puesto que no hay probablemente nada humano ni social, que no pueda entenderse *mejor* sin tomar en cuenta la comunicación entre los humanos.¹ Las investigaciones empíricas autorreflexivas, sistematizaciones documentales y recuentos bibliográficos que conocemos sobre las

investigaciones «de la comunicación» en América Latina, muestran que la inmensa mayoría de los estudios han tenido como objetos privilegiados a los *medios de difusión masiva*.² Pero investigar a los medios y/o las llamadas industrias culturales no es necesariamente «investigar la comunicación»: Las dimensiones propiamente comunicacionales, los procesos de producción y «puesta en común» de sentido, han sido más que escasos en los inventarios sobre la indagación (Sánchez Ruíz, 1999). Los medios son la síntesis de múltiples dimensiones: cuando los medios de difusión son analizados en su operación como *industrias* culturales, produciendo y haciendo circular mercancías, se hace investigación económica, o en su caso, de economía política (Sánchez Ruíz 1992). Cuando se analiza el papel de los medios como actores políticos y en los procesos electorales, el énfasis es en los medios como actores políticos: es un objeto de ciencia política.³ O pueden ser examinados como organizaciones complejas, para lo que ayuda la perspectiva de la sociología de las organizaciones, la sociología de las profesiones, el análisis institucional, etc. (Sánchez Ruíz 1992). El enfoque que ha prevalecido en los análisis latinoamericanos de medios ha sido el político (Marques de Melo 2002).

Los medios son *objetos complejos*, que operan socialmente desde diversas dimensiones (económica, política, cultural, social, tecnológica, organizacional, profesional, etc.), articuladas en un mismo entramado histórico social, que se desenvuelven en el transcurrir del tiempo histórico (Sánchez Ruíz, 1992). Si a esto sumamos que muchos de los

objetos de estudio de, por ejemplo, los llamados estudios culturales, son procesos sociales complejos, debemos llegar nuevamente a la conclusión de que la llamada comunicación es un cruce de múltiples caminos: Posiblemente la formulación de Wilbur Schramm (1973) en los sesenta, de que el campo de la comunicación es más que nada una *encrucijada*, a la que potencialmente pueden concurrir y contribuir todas las ciencias sociales y humanas, siga teniendo vigencia.⁴

Todo esto implica la necesidad de que los estudios sobre comunicación social, o sobre medios de difusión e industrias culturales, así como los «estudios culturales» que se convirtieron durante la última década del siglo pasado en el enfoque hegemónico sobre el campo académico, deben ser inter-, multi- y transdisciplinarios (Vassallo de Lopes 2002; Mattelart y Neveu 1997; Mato, 2001; Follari 2002). Hay propuestas interesantes de «postdisciplinarización» (Fuentes Navarro 2002), pero en la medida en que el prefijo «post» connota muy fuertemente «superación», o «dejar atrás» (a lo que modifica el prefijo, en este caso a la disciplina), no entenderíamos cómo dejar atrás algo que nunca en realidad ha existido (una «ciencia de la comunicación» o una disciplina «comunicológica», o algo así, que al «postdisciplinarizarse» se disuelve en una ciencia social genérica).⁵ Pero si la comunicación nunca ha sido una disciplina, sino ese objeto-encrucijada multidimensional que siempre ha necesitado de la inter- y transdisciplina, no se puede «desdisciplinarizar». Otro problema con las formulaciones «post» es que con mucha frecuencia

soslayan o confunden qué tanto lo son en términos *descriptivos*, sobre procesos que ya están ocurriendo, con respecto a lo que tienen de *proyecto*, o *propuesta* de origen ético, utópico, etc.⁶ Sin embargo, en la medida en que este tema se desligue de las modas «posmodernas» y se siga articulando una propuesta (que tendría que ser más que nada epistemológica y metodológica, pues ya nadie cree que una sola teoría -por muy «postdisciplinaria» que sea- pueda dar cuenta de *todo*), podría de ahí surgir un enfoque fructífero para guiar la investigación empírica.⁷ Ojo: Si bien no hay *disciplina*, sí hay *campo*,⁸ en un sentido más sociológico que epistemológico: tenemos objetos de estudio (todo el dominio de la comunicación social, los medios, etc.) y *una comunidad* que se interesa de manera sistemática por los mismos. De hecho, consideramos que este es un tema primordial para la agenda: la continuación de una discusión fundamentada sobre el estatuto epistemológico de las llamadas «ciencias de la comunicación», sobre su estatuto disciplinar, su relación con otros dominios científicos, etc. (Vassallo de Lopes, y Fuentes Navarro 2002; Martín Barbero s/n).

Lo que usualmente llamamos «campo académico» de la comunicación está constituido por varios «subcampos», que no necesariamente se han desarrollado en forma articulada (Galindo y Luna 1995). En primer lugar, preexisten al campo académico los dominios profesionales de la comunicación. Estos fueron el «referente empírico» y fuentes de demanda social para la emergencia de la *enseñanza universitaria* del periodismo, que posteriormente coexistiría -ya como

subcampo académico- con el de la *investigación*. Con posterioridad se generaron más o menos explícita y articuladamente las actividades de *extensión* universitaria relacionadas con la comunicación y las de *vinculación* (articulaciones explícitas ya no solamente a través de los mercados de trabajo, sino por ejemplo, mediante la prestación de ciertos servicios como la investigación aplicada hecha desde la universidad, para el sector privado, o para otros sectores como organismos no gubernamentales, o para el gobierno mismo, etc.). De todas estas, las subáreas centrales del campo académico son la de la enseñanza y la de la investigación.

El primero de los campos profesionales de la comunicación que surgió en todos nuestros países fue el periodismo y necesariamente la primer articulación fue de la docencia universitaria con el mismo. Los recuentos sobre el desarrollo de nuestro campo académico muestran que, precisamente, las primeras escuelas «de comunicación» lo fueron de periodismo (Fuentes Navarro 1992; Marques de Melo 1998; Fuentes Navarro 1998). Después, los medios crecieron y se diversificaron (y algunos de ellos incluso dejaron de ser «propia-mente de comunicación»; Sánchez Ruiz, 1999), y así lo hicieron los estudios profesionales en las escuelas que ya para los años sesenta se denominaban con algún nombre relacionado con las «ciencias de la comunicación». Algunos de los investigadores actuales del campo, posiblemente la mayoría, primero estudiamos una licenciatura que básicamente nos habilitaba profesionalmente como comunicadores y posteriormente hicimos estudios de posgrado -no

necesariamente en comunicación- que nos habilitaron más bien como investigadores (de hecho, algunos incluso sostenemos que «estudiamos *para* investigadores»), a fin de hacer buenos *estudios sobre* la comunicación, los medios, las mediaciones, etcétera.⁹ Esto vino ya en un período más reciente, durante el cual nos hemos ido profesionalizando como *investigadores* o, quizás más ampliamente, como *académicos*. En los años sesenta se comenzó a abrir el espectro de áreas de aplicación de «saberes comunicacionales» a partir de desarrollos en los campos de trabajo y de la invención de las *ciencias de la comunicación*.

El primer período al que nos referimos fue netamente *pragmático*. La educación universitaria se diseñaba estrictamente para profesionalizar periodistas y otros comunicadores, usualmente empleados de los medios de comunicación. Había un acoplamiento más o menos simple y directo entre esta oferta de educación superior y las demandas del campo profesional. En los sesenta surge un nuevo modelo, humanístico, con las «ciencias de la comunicación» (Fuentes Navarro, 1998). Durante esa década, llegan también investigadores estadounidenses a Latinoamérica a realizar indagaciones empíricas para «modernizar a los campesinos», como por ejemplo Everett Rogers en Colombia, o más en general, aparece la influencia empirista como modelo para la investigación científica, durante la primer época de CIESPAL¹⁰ (Sánchez Ruiz, 1988; Fuentes Navarro 1992). Paradójicamente, casi al mismo tiempo llega una suerte de reduccionismo científicista en el empirismo norteamericano en la investigación, y surge un univer-

salismo humanista, a partir de universidades católicas, principalmente jesuíticas (Sánchez Ruiz 1988). Coexisten entonces estudios de comunicación basados en el primer modelo, pragmático (al que en lo investigativo apuntalaba el empirismo), con el nuevo modelo humanístico, de bases filosóficas y literarias. Este nuevo modelo propiciaba un alejamiento crítico de la operación cotidiana de los medios, desde un plano más bien filosófico (el comunicólogo como «intelectual»; Sánchez Ruiz 1988; Fuentes Navarro, 1998).

Desde mediados de los sesenta, pero definitivamente durante los setenta, surgió y se generalizó otro modelo que impactaba al quehacer académico de la comunicación en América Latina, como de hecho al resto de las ciencias sociales y humanidades. Era el paradigma del análisis social crítico con raíces profundas en el marxismo (ortodoxo y no ortodoxo, el cual poseía una sofisticación intelectual y analítica importante), muy influido por varias de las versiones del enfoque de la «dependencia», y no necesariamente divorciado del modelo humanista, sino al contrario, alimentado por él. Una fuente muy importante de influencia fue por ejemplo la *pedagogía del oprimido* de Paulo Freire (1970), que ante la injusta realidad socioeconómica latinoamericana, «denuncia y anuncia». Es decir, tiene un componente utópico importante. De hecho, ya para los años ochenta los tres modelos (el pragmático, el humanista y el científico crítico)¹¹ coexistían (a veces no tan pacíficamente) en las universidades latinoamericanas. En la medida en que la realidad social en nuestros países ha sido -y sigue siendo- injusta para una gran ma-

yoría, la ciencia social crítica fue una característica importante de Latinoamérica, de la que los estudios de comunicación y sobre medios abrevaron (Sánchez Ruiz 1988). De hecho, algunos de nuestros pioneros eran -y algunos siguen siéndolo- parte de ese paradigma crítico y utópico, como es el caso por ejemplo de Antonio Pasquali, quien proviniendo de la filosofía, fundó el análisis crítico de los medios desde Venezuela con la publicación en 1963 de su libro *Comunicación y Cultura de Masas* y quien sigue produciendo como «jovenito» análisis críticos alimentados por la imaginación utópica (con una gran carga ética y un apoyo enorme de información factual).¹²

Pero nosotros consideramos que durante los años ochenta fue tomando forma un nuevo modelo, quizás motivado por los cambios ideológicos mundiales hacia la derecha y la hegemonía del pensamiento neoliberal. El nuevo modelo consistió en un retorno al pragmatismo y -con respecto a las escuelas de comunicación- en alguna medida a la *especialización* (ya no en periodismo, sino en las nuevas vertientes profesionales),¹³ muy en línea con corrientes intelectuales de moda como el posmodernismo, que preferían ver la realidad en fragmentos, por sobre la integración y la síntesis (modos de pesquisa preferidos en los dos modelos previos). La forma preferida de indagación y moda intelectual de los noventa fueron los estudios culturales, de los cuales hemos escrito en otro lado que enriquecieron el entendimiento de los procesos de comunicación en las sociedades contemporáneas, pero que al devenir moda, obstaculizaron otras miradas complementarias

e, incluso, sin proponérselo obscurecieron las miradas críticas tradicionales de las ciencias sociales latinoamericanas (Sánchez Ruiz, 2000). Por otro lado, los estudios de recepción, que también originalmente fueron una veta importante de enriquecimiento y sofisticación del análisis, devinieron en una suerte de «populismo» del receptor, tal que al cabo de tantas mediaciones, apropiaciones, resemanalizaciones e, incluso subversiones de los «mensajes hegemónicos», terminaban mostrando que los grandes consorcios y oligopolios transnacionales de las industrias culturales en realidad eran «hermanitas de la caridad». Curiosamente, muchos de estos estudios, autodenominándose críticos, minaban las bases de un enfoque crítico al privilegiar la óptica de nivel microsocial y del corto plazo, machaconamente demostrando que los medios no tienen «efectos» (y si los tienen, es con la complicidad de los receptores: al fin y al cabo, las grandes transnacionales -y aquí incluyo a Televisa y Globo- solamente dan al público lo que éste demanda/ merece). Finalmente el poder diferencial de emisores y receptores quedaba soslayado (Vassallo de Lopes 1995).

En alguna forma, el espíritu del tiempo lo marcaba el «posmodernismo», que tendía a fragmentar y descontextuar las miradas, y a aceptar acriticamente y con cierto encantamiento las irrationalidades del mundo actual. Con respecto a este punto de vista, se pregunta Anthony Giddens (1996: 226-227):

¿Deberíamos entonces quizás aceptar, como algunos de los posmodernistas dicen, que la Ilustración se ha agotado a sí mis-

ma y que tenemos más o menos que tomar al mundo tal como es, con todas sus barbaridades y limitaciones? Seguro que no. Casi lo último que necesitamos ahora es una suerte de «nuevo medievalismo», una confesión de impotencia frente a fuerzas más grandes que nosotros mismos. Vivimos en un mundo radicalmente dañado, para el cual se necesitan remedios radicales.

Considero importante citar también a este respecto, a Manuel Castells (1999a: 30), con cuya opinión también coincido totalmente:

La cultura y la teoría posmodernas se recrean en celebrar el fin de la historia y, en cierta medida, el fin de la razón, rindiendo nuestra capacidad de comprender y hallar sentido incluso al disparate. La asunción implícita es la aceptación de la plena individualización de la conducta y de la impotencia de la sociedad sobre su destino.

El proyecto que informa este libro nada contra estas corrientes de destrucción y se opone a varias formas de nihilismo intelectual, de escepticismo social y de cinismo político. Creo en la racionalidad y en la posibilidad de apelar a la razón, sin convertirla en diosa. Creo en las posibilidades de la acción social significativa y en la política transformadora, sin que nos veamos necesariamente arrastrados hacia los rápidos mortales de las utopías absolutas. Creo en el poder liberador de la identidad, sin aceptar la necesidad de su individualización o su captura por el fundamentalismo. Y propongo la hipótesis de que todas las tendencias de cambio que constituyen nuestro nuevo y confuso mundo están emparentadas y que

podemos sacar sentido a su interrelación. Y, sí, creo, a pesar de una larga tradición de errores intelectuales a veces trágicos, que observar, analizar y teorizar es un modo de ayudar a construir un mundo diferente y mejor.

Esperamos que efectivamente nos encontremos en un tiempo de regreso hacia una mayor fe en la razón y la solidaridad humanas -en las que parecen no creer algunos posmodernistas-, y una retirada del individualismo egoísta y fragmentador, que está en el centro de la fe en el mercado, de la religión secular llamada «neoliberalismo».

En virtud del neoliberalismo dominante a nivel mundial, aterrizado en el pragmatismo prevaliente en las escuelas de comunicación, con el posmodernismo, si no hegemónico, por lo menos «contaminante» -como una especie de trasfondo omnipresente- en el plano de la investigación, se dejaba relativamente poco espacio para el análisis crítico y el ejercicio de la «imaginación utópica». Nuevamente, recordamos que estos modelos han ido coexistiendo con los previos. Pero ha sido notorio un vaivén pendular entre un relativo predominio del pragmatismo acrítico y el de acercamientos críticos y emancipatorios. En cierto sentido, las tendencias han sido como un péndulo que se mueve, si se me permite la caricatura, de los «apocalípticos» a los «integrados» y viceversa (Eco 1975).¹⁴ Así, en el caso mexicano, por ejemplo Raúl Fuentes (1998) concluía en su tesis doctoral que había dos principales alternativas para la reestructuración del campo de la investigación académica de la comunicación: a) la «extensión de la ima-

ginación utópica», o b) la «recuperación del pragmatismo». Nosotros nos preguntamos si se trataría de dos opciones necesariamente opuestas e irreconciliables. Y nos contestamos que no: Finalmente, creemos que hay lugar en la historia y en el mundo para un «*pragmatismo utópico*», que crea en la necesidad y en la posibilidad de la invención de órdenes más justos, menos asimétricos socialmente de realidad, producidos a partir de la *eficiencia* y en los *resultados* de la actividad humana; con base en las posibilidades presentes y futuras de emancipación y supervivencia de nuestra especie (y, de pasada, de otras especies, y de la biodiversidad de nuestro planeta). Lo que llaman «desarrollo sustentable» no puede dejarse solamente a merced de las fuerzas del mercado. Pero, ya que reinan las economías de mercado en el mundo, sería bueno maximizar sus aspectos factuales y doctrinarios- más positivos. Por ejemplo, la disciplina económica neoclásica valora de manera positiva la competencia, de frente a estructuras de mercado oligopólicas y monopólicas. Pues precisamente en tono con esta exigencia, hay que demandar competencia y diversidad en esos canales de visibilidad que son las industrias culturales contemporáneas. De frente al fundamentalismo del mercado y sus perniciosas consecuencias sociales, es indispensable recuperar el espíritu crítico, ético y moral, emancipatorio y utópico que caracterizó a la primera generación de investigadores latinoamericanos de la comunicación. El reto para la agenda es entonces una investigación autocrítica y reflexiva, que huya de cualquier fundamentalismo o maniqueísmo simplificador, y que al mismo tiempo reconozca

los obstáculos para el pleno desarrollo humano y para la reproducción de la vida en el planeta y plantee opciones emancipatorias. De nuevo, ejercer un «pragmatismo utópico», que permita demostrar válido el aserto que se atribuye a Kurt Lewin de que «no hay nada más práctico que una buena teoría».

MÚLTIPLES MARGINALIDADES Y DESVINCULACIONES

Entre muchos otros factores, debido a la juventud de la profesión de comunicador, al igual que del campo de investigación de la comunicación, éste se encuentra en un cierto estado de desventaja e incompreensión, aún dentro del ámbito de las ciencias sociales. En este sentido, hace ya más de diez años, al analizar Raúl Fuentes y quien esto escribe las condiciones dentro de las cuales se hacía la investigación empírica en nuestro país, caímos en la cuenta de que estábamos en una situación de «triple marginalidad» (Fuentes Navarro y Sánchez Ruiz 1989). Es decir, que los datos mostraban que la investigación científica en general estaba marginada de las prioridades del desarrollo nacional, además de que en el plano cultural se le suele representar -ahora, como antes- estereotipadamente (Rodríguez 1977; Gutiérrez 1998). Aun hoy en día, mientras que Estados Unidos dedica 2.66% de su producto interno bruto (PIB) al gasto en ciencia y tecnología, en América Latina y el Caribe le destinamos el año 2000 en promedio apenas un poco más de medio punto porcentual (0.54%).¹⁵ Este es un primer grado de marginalidad. Entre las ciencias, una queja constante y tradicional es que las ciencias sociales y humanidades a su vez tie-

nen menos peso en el reparto de presupuestos y en términos de poder y prestigio (ciencias «blandas» versus ciencias «duras»).¹⁶ Marginalidad de «segundo orden». Finalmente, en virtud de la juventud del campo, por problemas de identidad disciplinaria y otros más, algunos de los cuales acabamos de revisar, el campo de investigaciones en comunicación estaría a la vez en una situación de marginalidad entre las ciencias sociales (una especie de «hermanita menor» a la que se trata con-descendientemente). Tercera marginalidad. Como muestra un botón: Nuestro admirado Carlos Monsiváis describe con su usual ironía un «congreso de la comunicología aplicada», que tuvo lugar (imaginariamente, desde luego) en el Estadio Azteca (el más grande de México, con un cupo de alrededor de 100,000 personas):

Los temas tratados son, y los cito en desorden:

- Las relaciones incestuosas entre emisor y receptor.
- Las concesiones para el funcionamiento de radioemisoras y su vínculo con la filosofía posmarxista.
- Semiótica de lo subliminal (y no es por intensificarles la carga de adrenalina.
- Las utopías radicales. De la ciudad del sol de Campanella y el pensamiento de Tomás Moro a la búsqueda de empleo para los egresados de universidades públicas.
- Los clásicos de la comunicación y cómo hacer ver que uno los ha leído.
- Análisis del capítulo 343 de *La suerte de la fea la horrenda la desea*, telenovela de moda.
- Los signos de pesos y cómo decodificarlos (Monsiváis 2001, Pág. 19).

Aunque hay científicos sociales que tienen ya una buena opinión del campo y de quienes lo poblamos, todavía hay percepciones estereotipadas y prejuiciosas que nos hacen ver como poco rigurosos e, incluso como en el ejemplo anterior, banales. Quienes solemos participar en comisiones de diverso tipo con investigadores de otros campos, lo experimentamos más directamente.¹⁷

Al cabo del tiempo fueron surgiendo otros «niveles» de marginalidad, pero uno fundamental se refiere a la poca articulación que ha existido entre la investigación académica de la comunicación y las profesiones de comunicador, incluyendo los medios. Este caso lo trataremos un poco más adelante, junto con otras «desvinculaciones». En el caso de la original «triple marginalidad», desde luego que poco podemos hacer directamente para superar las dos primeras, porque son de un orden estructural cada vez mayor. Sin embargo, no es imposible remontarlas si comenzamos por los retos que supone generar una identidad científica que reciba respeto por los pares de otros campos y disciplinas sociales y humanísticas. Esto comenzará mostrando en el trabajo académico y científico, *solidez académica y científica* (valga la redundancia). El uso del *pragmatismo utópico* al que invitamos en páginas anteriores, por otro lado, haría más socialmente pertinente nuestro trabajo y sus productos, con lo que, además, ayudaríamos a resolver una parte de los problemas que enseguida comentaré de «desvinculación múltiple».

Ya desde los años ochenta, colegas como Raúl Trejo (1988) comentaban la poca articulación

que había entre la enseñanza y la investigación en las escuelas de comunicación. Este ha sido un tema al que por ejemplo Felafacs le ha dedicado muchos recursos y esfuerzo. Pero resulta que el campo académico sostiene una serie de tensiones que se originan en una múltiple desvinculación:

- ∅ Entre enseñanza e investigación;
- ∅ entre investigación y campos profesionales;
- ∅ entre enseñanza y campos profesionales;
- ∅ entre investigación básica e investigación aplicada.

Este es otro tema para la agenda de nuestro campo académico: Generar las pertinencias mutuas y correspondencias entre todos estos subcampos. Solamente voy a enumerar algunas interacciones posibles que considere pertinentes:

∅ Los investigadores académicos efectivamente hacen *investigación empírica*, aunque no necesariamente dejen de producir teoría. La investigación empírica es la forma primordial de ligar las pesquisas con *la realidad*. De esta manera, de hecho interactúan con los sujetos sociales (comunicadores, decisores, públicos usuarios y receptores), en tanto informantes. Los investigadores, eventualmente, «regresan» a aquellos sus hallazgos de investigación.

∅ Los investigadores «básicos» nos beneficiamos de los resultados de indagaciones «aplicadas», que suelen ser muy puntuales y realizadas con corrección técnica (a veces, ya quisiéramos contar con los tan despreciados *ratings*). Tales resultados puntuales se enmarcarían

en argumentaciones explicativas o interpretativas más amplias.

∅ Los investigadores «aplicados» acuden a teoría y a hallazgos empíricos de la investigación «básica», para enriquecer y contextualizar las interpretaciones a sus propios descubrimientos (mejorando en extensión y/o profundidad las recomendaciones al cliente).

∅ Los profesionales de la comunicación se informan y actualizan, leyendo la producción académica de los investigadores «básicos». No todas las teorías y hallazgos de investigación son inmediatamente aplicables, pero en principio, la acción críticamente informada puede ser más efectiva («nada más práctico que una buena teoría»).

∅ Los docentes de escuelas, facultades y departamentos de comunicación se informan y actualizan, leyendo la producción y los datos de la investigación básica, tanto como la aplicada (cuando ésta está disponible). La enseñanza de las profesiones entonces adquiere *mayor pertinencia* con respecto a la realidad concreta que constituye el ámbito de intervención de los comunicadores profesionales.

∅ Los comunicadores y decisores en los medios efectivamente hacen uso de la investigación aplicada. En principio, más allá de los simples índices de audiencia. En virtud de su aprendizaje universitario (donde llevaron por ejemplo clases de metodología de investigación), aquellos -se supone- tienen el conocimiento suficiente para leer críticamente la información producida (por ejemplo, para juzgar la idoneidad de los métodos y técnicas utilizados, su rigor, validez, confiabilidad, etc.).

∅ El investigador académico es consultor del comunicador y/o del consultor y/o de quien establece políticas públicas en el campo y/o de usuarios, receptores o público (por ejemplo, en ONGs.). La investigación realizada contribuye a resolver problemas inmediatos, pero también a generar bases de datos e informaciones puntuales que eventualmente también auxilian en la construcción de teoría o de conocimiento (comprensión, explicación).

En el caso de las vinculaciones con las profesiones y los polos de decisión (tanto públicos como privados) en todo caso habría que hacer la precisión de que no es lo mismo el interés de una empresa que por ejemplo el del desarrollo de todo un sector o una rama (una cosa es el interés de Televisa, y otra el interés de que se desarrolle un sector audiovisual, pujante y competitivo en México; de hecho, esto último puede ser en contra de la empresa, si detenta poder monopolístico u oligopolístico, como es de hecho el caso). Entonces, dejemos la investigación privada para la empresa privada. Si acaso, podría haber una división del trabajo, aunque no absoluta, para que la Institución pública de investigación se encargue principalmente de aspectos referidos a políticas públicas, por ejemplo, y no olvidar que favorecer el interés privado no implica, beneficiar el bien común. Por lo menos, que las vinculaciones directas con los otros sectores surjan a partir de la actividad fundamental de producción de conocimiento, o investigación básica.

Pero hay otro aspecto que no hay que olvidar tampoco. Nuestras sociedades siguen siendo profundamente injustas y desiguales.

Solamente una postura más plural y tolerante, más autocrítica y reflexiva, utópica pero también realista, nos puede conducir a que el conocimiento que generemos sea útil socialmente, productivo en lo científico y generador a la vez de alternativas viables a ese principio de realidad que hace que nuestros países sigan siendo tan asimétricos, tan inexcusable e inhumana e inmoralmemente injustos.

NOTAS

1. De ahí que algunas de las propuestas de grandes síntesis de, por ejemplo la sociología, acudan a la comunicación como una categoría privilegiada en sus modelos (por ejemplo: Luhmann, 1991; Habermas, 1989). Pero, finalmente, ninguno de ellos reduce lo histórico-social o lo humano a la comunicación, proponiendo una teoría (social) «de la comunicación»; ni siquiera Jürgen Habermas, que tanto énfasis hace en la misma. De cualquier forma, no hay que olvidar el intento «globalizante» de la cibernética, que tenía grandes pretensiones epistemológicas (Wiener, 1960), de donde se derivó (reduciendo pretensiones), por ejemplo toda una propuesta de una teoría psicológica basada en la comunicación (Ruesch y Bateson, 1965; Watzlawick et al, 1971; Bateson et al, 1982). En este caso, la comunicación sería el fundamento de una disciplina, cuyo estatuto epistemológico ya está bastante acreditado, como es la propia psicología.

2. Al parecer las primeras revisiones que se hicieron, a principios de los años setenta, se originaron en CIESPAL, en preparación para un célebre seminario que tuvo lugar en Costa Rica en 1973 (CIESPAL, 1973;

Merino, 1974). Otros de los diagnósticos pioneros fueron fruto del trabajo de Luis Ramiro Beltrán y se encuentran reunidas en Beltrán (2000). Una muestra de trabajos de esta naturaleza es, para México, Fuentes (1988; 1996); para el caso Argentino, Rivera (1987; 1997); en Brasil, la Intercom (Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação) publica con regularidad este tipo de revisiones. Ver también Orozco Gómez (1997) y Torrico (1999).

3. La cual, a su vez, se puede considerar una «interdisciplina», entre economía y (ciencia) política. Dentro de esta interdisciplina se pueden ubicar también todos los estudios que tratan con cuestiones de políticas públicas (de políticas de comunicación, de cultura, audiovisual, cinematográfica, etc.).

4. «La comunicación, naturalmente, no se ha convertido en una disciplina académica, como la física o la economía; pero sí ha alcanzado a ser un campo animado de investigación y teoría. Es una de las más activas encrucijadas en el estudio del comportamiento humano, lo cual es comprensible, ya que la comunicación es un proceso -quizá el proceso- social fundamental. (...) Ha sido una encrucijada académica por la cual han pasado muchos, pero pocos se han detenido» (Schramm, 1973: 12). En todo caso, hoy podríamos corregir la última parte de la cita, en la medida en que, especialmente en Estados Unidos -lugar de referencia del aserto de Schramm-, los congresos de las diversas asociaciones académicas de comunicación suelen reunir cada vez a varios cientos, si no miles, de estudiosos, que difícilmente están de paso por el área. Un aspecto que creo importante resaltar es que, al hacer el recuento de la «investigación de la comunicación» en Estados Unidos, Schramm de hecho se refería casi

únicamente a la investigación sobre medios de difusión.

5. Aunque entendemos que la propuesta de Fuentes va más allá, en el sentido de substituir todas las disciplinas por una sola, «ciencia social», que nos recuerda las pretensiones «imperialistas» en su momento, del materialismo histórico. Por otra parte, dice un crítico del campo: «El caso de la comunicología es una muestra de las confusiones a que puede llevar la desformalización cuando previamente no se ha pasado por períodos e instancias de formalización... Esto es lo que sucede con aquellos que practican el posestructuralismo (caso de deconstrucción) sin haber pasado previamente por la constitución sistemática de aquel logos al cual esos discursos se oponen. Sólo cabe deconstruir lo previamente constituido (Follari 2000, Pág. 1).

6. Por ejemplo, Jürgen Habermas propone en términos éticos la constitución de identidades postnacionales «universalistas» que superen los particularismos que han provocado xenofobias, guerras, genocidio, etc. (Alemania nazi). De ahí, hay quienes toman el planteamiento ético y lo convierten en descriptivo. Pero las encuestas de Eurobarómetro demuestran que la mayoría de los europeos no han leído a Habermas. Una cosa es declarar muertas las identidades nacionales y darlas por «substituidas» por «identidades postnacionales», y otra muy diferente es demostrar que este es ya el caso (Ver Sánchez Ruiz 2002).

7. Ver, por ejemplo, Sayer (1999). Una crítica interesante, desde un punto de vista «conservador», en Menand (2001). La dificultad del tema se demuestra por el hecho de que, por ejemplo, Raúl Fuentes (op. cit.) propone una fundamentación de la posdiscipli-

nariedad en parte basada en la teoría de la estructuración de Anthony Giddens, el cual ha escrito más o menos recientemente «en defensa de la sociología» (Giddens 1996), su propia disciplina. Aprovecho aquí para dejar constancia de que tengo más coincidencias con Fuentes que divergencias. Si difiero con él -que es mi amigo personal- en este tópico, eso no me hace ningún «traidor» o «enemigo» de él.

8. De una manera bastante poco estricta, usamos «campo» en el sentido de Pierre Bourdieu (2000), como «espacios estructurados de posiciones» (p.112). El campo académico del que hablamos nosotros equivaldría en líneas generales al «campo científico» de Bourdieu (ibid.).

9. Yo respeto pero no comparto la opinión de quienes piensan que es banal la diferenciación entre el comunicador y el comunicólogo (o, más claramente, el investigador de la comunicación): en tanto seres humanos, todos somos comunicadores; sin embargo, pocos tienen las habilidades y competencias adquiridas y desarrolladas para ser comunicadores profesionales. Mucho menos son comunicólogos, en el sentido de analistas (académicos o no académicos) especializados en comunicación (los medios, las tecnologías, las redes, los contenidos, etc.); bastantes menos son investigadores científicos (en el sentido más o menos «duro», por ejemplo, de ciencias sociales, aunque también aquí se incluirían los investigadores desde las humanidades). Muy pocos de todos aquellos son buenos comunicadores y buenos comunicólogos (rigurosos, con fundamentos empíricos y teóricos, etc.). La carrera de un investigador, que tiene ya como requisito haber cursado un posgrado (y de preferencia, un doctorado) se suele comenzar con una escolaridad de unos 25

años. Una defensa de la profesión de investigador científico, en Verón (s/f).

10. Centro Internacional de Estudios de Periodismo para América Latina, organismo de la ONU.

11. Fuentes (1998) los llama «modelos fundacionales».

12. Ver, por ejemplo, Pasquali (1998).

13. Una descripción muy interesante de éstas bajo el nombre de «comunicación productiva» (aunque personalmente no entiendo si el trabajo en los medios y otros ámbitos es «improductivo»), está en Islas, Gutiérrez y Campos Garrido (2002).

14. Digo caricatura en el sentido de que hay una enorme simplificación. Considero que los «apocalípticos» y los «integrados» de Eco son una suerte de «tipos ideales», contruidos un tanto exageradamente para facilitar el análisis, no es que piense que el análisis de Umberto Eco sea simple. También cabe aclarar que lo del «movimiento pendular» también es una sobresimplificación, pues en todo caso, por ejemplo el modelo humanista era intermedio y comentamos antes que propiciaba la crítica y la ideación utópica.

15. Lo cual va desde una inversión de 0.87% del PIB por parte de Brasil en 1999, o un 82% por Cuba en 2000, hasta 0.08% en Ecuador y El Salvador también en años recientes (RICYT 2002). Ver Saldaña (1987); Schoijet (1991); Cerejido (1997); De la Peña (2002).

16. Por ejemplo, en el caso mexicano, solamente después de una lucha de muchos años en el Sistema Nacional de Investigadores (sistema de estímulos a los investigadores por parte del gobierno federal) se ha comenzado a evaluar a los científicos

cos sociales desde criterios propios, y no los emanados de usos y costumbres de las ciencias exactas y naturales (Béjar Navarro y Hernández Bringas 1996).

17. Ver un diagnóstico no tan prejuicioso de un sociólogo, que propone retos importantes en Follari (2000).

BIBLIOGRAFÍA

BATESON, Gregory et al (1982) *La nueva comunicación*. Barcelona: Editorial Kairós.

BATESON, Gregory (1972) *Steps to an ecology of mind*. New York: Ballantine Books.

BEJAR NAVARRO Raúl y Héctor H. Hernández Bringas (1996) *La investigación en ciencias sociales y humanidades en México*. México: Miguel Angel Porrúa/UNAM-CRIM.

BELTRAN SALMON, Luis Ramiro (2000) *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica. Inicio, transcendencia y proyección*. La Paz: Plural Editores/Universidad Católica Boliviana.

BOURDIEU, Pierre (1990) *Sociología y cultura*. México: Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

BOURDIEU, Pierre (2000) *Cuestiones de Sociología*. Madrid: Istmo.

BRAUDEL, Fernand (1980) *On History*. Chicago: The University of Chicago Press.

CEREJIDO, Marcelino (1997) *Por qué no tenemos ciencia*. México: Siglo XXI.

- CIESPAL (1973) «Seminario sobre la investigación de la comunicación en América Latina», Informe Provisional, en *Chasqui* (Primera Época, Núm. 4).
- DE LA PEÑA, José Antonio (2002) «Un vistazo a la ciencia en México», en *Este País*. Septiembre.
- ECO, Umberto (1975) *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Barcelona: Editorial Lumen.
- ESTEINOU MADRID, Javier (1996) «La investigación de la comunicación en los tiempos neoliberales», en *Telos, Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, Num. 47, Sept.-Nov.
- FOLLARI, Roberto (2000) «Comunicología latinoamericana: Disciplina a la búsqueda de un objeto», en *PCLA (Pensamiento Comunicacional Latinoamericano)*, Vol. 2, Núm. 1, en <http://www.metodista.br/unesco/PCLA/revista5/forum%205-3.htm>, bajado el 05/09/02.
- FOLLARI, Roberto (2000) «Estudios sobre postmodernidad y estudios culturales: ¿sinónimos?», en *Revista Latina de Comunicación Social*, Núm. 35, Noviembre, extra: «La comunicación social en Argentina», La Laguna (Tenerife) (en <http://www.ull.es/publicaciones/latina/argentina2000/15follari.htm>, bajado el 05/09/02)
- FOLLARI, Roberto A. (2002) *Teorías débiles (Para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)*. Rosario: Homo Sapiens Editores.
- FREIRE, Paulo (1970) *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1988) *La investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1956-1986*. México: Ediciones de Comunicación.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1992) *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. México: CONEICC.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1996) *La investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1986-1994*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/ITESO.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1998) *La emergencia de un campo académico: Continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de comunicación en México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/ITESO. (Originalmente, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales).
- FUENTES NAVARRO, Raúl (2002) «Comunicación, cultura y sociedad: fundamentos conceptuales de la postdisciplinarietà», en N.P. Maldonado R. (coord.) *Horizontes comunicativos en México. Estudios Críticos*. México: AMIC.
- FUENTES NAVARRO, Raúl y Enrique E. Sánchez Ruiz (1989) *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO (Cuadernos Huella, Núm. 17).
- FUENTES NAVARRO, Raúl y Enrique E. Sánchez Ruiz (1992) «Investigación sobre comunicación en México: Los retos de la institucionalización», en G. Orozco (coord.) *La investigación de la comunicación en México: Tendencias y perspectivas para los noventa*. México: Universidad Iberoamericana (Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales, Núm. 3).
- GALINDO, Jesús y Carlos Luna (coords.) *Campo académico de la comunicación: Hacia una reconstrucción reflexiva*. Guadalajara: ITESO/Conaculta.
- GIDDENS, Anthony (1984) *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*. Berkeley: University of California Press.
- GIDDENS, Anthony (1996) *In defence of Sociology. Essays, interpretations and rejoinders*. Cambridge: Polity Press.
- GUTIERREZ MARFILEÑO, Victoria Eugenia (1998) *Actitudes de los estudiantes hacia la ciencia*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes/Programa Interinstitucional de Investigaciones sobre Educación Superior.
- HABERMAS, Jürgen (1989) *Teoría de la acción comunicativa*. Buenos Aires: Taurus (Dos tomos).
- ISLAS, Octavio, Fernando Gutiérrez y Norma Campos Garrido (2002) «Por el accidentado sendero de la comunicación productiva en México», en *Razón y Palabra*, Columna «El Espejo Indiscreto», Núm. 24, Enero 2002 (<http://razonypalabra.org.mx/espejo/2002/enero.html>, bajado el 20/09/a)
- LUHMANN, Niklas (1991) *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. México: Universidad Iberoamericana/Alianza Editorial.
- MARQUES DE MELO, José (1998) *Teoria da comunicação: Paradigmas latinoamericanos*. Petrópolis: Editora Vozes.
- MARQUES DE MELO, José (2002) «Política, dimensión hegemónica en el pensamiento comunicacional latinoamericano», en *Oficios Terrestres*. Año VIII, Núm. 11-12 (Número Especial).
- MARTÍN BARBERO, Jesús (s/f) «Comunicación fin de siglo ¿Para dónde va nuestra investigación?» en *Innovarium*, <http://www.innovarium.com/investigacion.comJMB.htm>, bajado el 05/09/02.

MATO, Daniel (2001) «Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder: Crítica de la idea de 'Estudios Culturales Latinoamericanos' y propuestas para la visibilización de un campo más amplio, transdisciplinario, crítico y contextualmente referido», ponencia preparada para el «Primer Encuentro Internacional sobre 'Estudios culturales latinoamericanos: Retos desde y sobre la región andina», Quito, 13-15 de Junio».

MATTELART, Armand y Erik Neveu (1997) «La institucionalización de los estudios de la comunicación. Historias de los *Cultural studies*», en *Telos, Cuadernos de Cultura y Sociedad*, Núm. 49, Marzo.

MERINO UTRERAS, Jorge (1974) «La investigación científica de la comunicación en América Latina», en *Cuasi* (Primera Época, Núm. 5).

MONSIVAIS, Carlos (2001) «El congreso de la comunicología aplicada», en *Público*, 3 de agosto, sección Opinión, Pág. 19.

OROZCO GÓMEZ, Guillermo (1997) *La investigación de la comunicación dentro y fuera de América Latina*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación/Universidad Nacional de La Plata.

PASQUALI, Antonio (1998) *Bienvenido Global Village*. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana.

RICYT (2002) *El estado de la ciencia. Principales indicadores de ciencia y tecnología iberoamericanos/interamericanos 2001*. Buenos Aires: Red Iberoamericana de Indicadores de Ciencia y Tecnología (RICYT).

RIVERA, Jorge B. (1987) *La investigación en comunicación social en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.

RIVERA, Jorge B. (1997) *Comunica-*

ción, medios y cultura. Líneas de investigación en la Argentina, 1986-1996. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación/Universidad Nacional de La Plata.

RODRIGUEZ SALA DE GOMEZGIL, María Luisa (1977) *El científico en México: Su imagen entre los estudiantes de enseñanza media*. México: UNAM.

RUESCH, Jurgen y Gregory Bateson (1965) *Comunicación: La matriz social de la psiquiatría*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

SALDAÑA, Juan José (ed.) (1987) *El perfil de la ciencia en América*. México: Sociedad Latinoamericana de Historia de la Ciencia y la Tecnología.

SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1988) «La investigación de la comunicación y el análisis social en Latinoamérica y en México», en E.E. Sánchez Ruiz (comp.) *La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. México: Ediciones de Comunicación/Universidad de Guadalajara.

SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1992) *Medios de difusión y sociedad. Notas críticas y metodológicas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1995) «La investigación de la comunicación en tiempos neoliberales: Nuevos retos y posibilidades», en J. Galindo y C. Luna (coords.) *Campo académico de la comunicación: Hacia una reconstrucción reflexiva*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ITESO.

SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1999) «La investigación mexicana sobre las industrias culturales. Retos para el nuevo milenio», en Seminario Internacional Tendencias y Retos de la Investigación en Comunicación en América Latina (CD Rom). Lima:

Felafacs/Pontificia Universidad Católica del Perú.

SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (2000) «Industrias culturales y globalización. Un enfoque histórico estructural» en G. Orozco (coord.) *Lo viejo y lo nuevo. Investigar la comunicación en el Siglo XXI*. Madrid: Ediciones de la Torre.

SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. y Raúl Fuentes Navarro (1990) «Fieldwork problems in Mexican communication research», en Narula y Pearce (eds.) *Cultures, politics and research programs: An international assessment of practical problems in field research*. Hillsdale, N.J., E.U.A.: Lawrence Earlbaum Associates).

SAYER, Andrew (1999) «Long live postdisciplinary studies! Sociology and the curse of disciplinary parochialism/imperialism», ponencia presentada en la Conferencia de la British Sociological Association, Abril, Gragrow. Publicada por el Departamento de Sociología, Lancaster University, en (<http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/soc025as.html>, bajado el 20/09/a).

SCHOJET, Mauricio (1991) *La ciencia mexicana en la crisis*. México: Editorial Nuestro Tiempo.

SCHRAMM, Wilbur (1973) «Investigación de la comunicación en los Estados Unidos», en W. Schramm (comp.) *La ciencia de la comunicación humana*. México: Editorial Roble.

TREJO DELARBRE, Raúl (1988) «La investigación mexicana sobre medios de comunicación: modas, mitos y propuestas», en E.E. Sánchez Ruiz (comp.) *La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. México: Ediciones de Comunicación/Universidad de Guadalajara.

TORRICO, Erick (1999) *Comunicación latinoamericana: Caminos y evaluaciones*. La Paz: Universidad Andina Simón Bolívar.

VASSALLO DE LOPES, María Immacolata (1995) «Recepción de medios, clases, poder y estructura. Cuestiones teórico-metodológicas de investigación cualitativa de la audiencia de los medios», en *Comunicación y Sociedad*, Núm. 24, Mayo-Agosto.

VASSALLO DE LOPES, María Immacolata (2002) «Reflexiones sobre el estatuto disciplinario del campo de la comunicación», en Ma. I. Vassallo de L. y R. Fuentes N. (comps.) *Comunicación: Campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Guadalajara: ITESO/UAA/U. de C./U. de G.

VASSALLO DE LOPES, María Immacolata y Raúl Fuentes Navarro (comps.) *Comunicación: Campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Guadalajara: ITESO/UAA/U. de C./U. de G.

VERON, Eliseo (s/f) «Entre la epistemología y la comunicación», en *Cuadernos de Investigación de la Comunicación*, (Universidad Complutense de Madrid), Núm. 4, en: <http://www.ucm.es/info/per3/cic/Cic4ar10.htm>, bajado el 13/06/00.

WATZLAWICK, Paul, J.H. Beavin y D. Jackson (1971) *Teoría de la comunicación humana*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

WIENER, Norbert (1960) *Cibernética*. Madrid: Guadiana de Publicaciones.